



Zabaleta

de la vibración de la música parece convertirse en algo intangible, es algo que no parece oírse físicamente, sino a través de esa sensibilidad oculta por momentos en la perennidad del hombre, pero que a veces nace milagrosamente por la resultante de un artista que arranca de lo más hondo de su fibra humana, la expresión cabal de la resonancia interior del ser. Zabaleta cuando se introduce en el mundo de su arpa deja de ser el hombre para tomar ante los ojos de los oyentes, la forma de un ente deshumanizado. Es allí, en ese estado, cuando sus manos al tomar el sonido de la cuerda tensa y vibrátil, despierta en el ámbito de lo que le rodea la evocación perdida en el subconsciente. Entonces las más diversas imágenes de nuestra vida comienzan a desfilar en cada trozo musical que se desprende de la imperceptible y sublimizada ejecución del artista.

La pureza de sonido, aún en los compases más difíciles y veloces señalan al concertista como un artista que ha llegado a la plenitud de su arte. No es una plenitud frontera. Es una plenitud que sigue su curso renovador cada día, mientras el artista se halla frente a la línea vertical de su instrumento. No sabemos si exageramos cuando decimos que los concertistas que más nos ha emocionado han sido Nicánor Zabaleta y William Primrose. Primrose le consideramos como al más insigne ejecutante de los instrumentos de arco. No porque conozca la perfección la técnica de su sonora viola. No. Sino porque jamás hemos visto un ejecutante con un temperamento artístico tan grandioso. Tan emocional. Tan genial, como el del célebre ejecutante. Zabaleta, aunque de un temperamento más sereno que el de Primrose, se inflama cuando traduce la música a través de las voces claras y limpiadas de su arpa maravillosa. Ante un Bach toma el camino de la seriedad del arte musical clásico-contrapuntístico. Con un Debussy, un Ravel o un Rousseau, conviértese en el artífice del arpeggio luminoso. Es aquí cuando el arabesco toma su

más valiosas en la literatura musical arpaística: una Jiga y una Sonata, en dos tiempos, una de esas bellas concepciones musicales del clasicismo italo que llegaron a ser fuentes donde refrescaran su estro creador los maestros alemanes del contrapunto.

Lolita, la Bailarina, esa encantadora página musical de Tournier compositor contemporáneo francés, amigo y maestro de Zabaleta, constituyó uno de los números del programa que más llamó la atención. En esta obra artística hace gala de su pleno dominio del instrumento en la diversidad de matices y colores que se desprenden de su curso musical. Un Arabesco, de Claudio Debussy, fué magistralmente ejecutado, así como una "Siciliana" de Respighi.

En esta última presentación el notable concertista español, incluyó en su programa la Sonata para Arpa del compositor venezolano Juan Vicente Lecuna, escrita y dedicada al artista por el maestro valenciano. Esta maravillosa obra, sinceramente que nos arrebató por su gran contenido estético. Lecuna, con su gran conocimiento del arte ha escrito una obra que honra a su país. Ella está escrita con toda la libertad que pueda un artista darse a sí mismo por el dominio que tiene sobre el conocimiento de las leyes que rigen la música. Desarrollada sobre escalas por tonos enteros, logra emocionar y despertar la atención del oyente, quien ante un mar de sonoridades que parecen nacer de la naturaleza en su vibración cósmica, se inclina sobre la diversidad de ritmos que desfilan por el pentagrama sugestivamente. El compositor de manera comedia alcanza en esta sonata lo que otros no han logrado. Ya sabemos todos cómo muchos compositores modernos caen en el abuso de las escalas musicales tan transitadas desde el comienzo del "Impresionismo" hasta estos días del "politonalismo" y del "atonalismo". Lecuna nos invade con esa fresca creación, donde el color hace su presencia animadora entre los arabescos de bellísimos "glissandos"



# Zabaleta

## EL DIVINO

Escribe:

**RHAZES HERNANDEZ LOPEZ**

Muchos han sido los concertistas que hemos tenido la oportunidad de escuchar en el Teatro Municipal de Caracas. Pero ha sido una minoría de ellos los que nos han impresionado profundamente en sus ejecuciones. Podemos citar a William Primrose, Jascha Jelfetz, Rubistein,

Unlinsky, Rosita Renard y últimamente a Nicanor Zabaleta, a quien llamamos en esta nota crítica "El Divino". Porque Zabaleta, pertenece a esos artistas que llevan la emoción humana hasta el más allá de la perfección técnica e interpretativa.

Este sublime tañedor del helénico instrumento cuando posa sus manos mágicas sobre el amplio cordaje, es solamente para levantar el espíritu y llevarlo a cósmicas latitudes, don-

ción perdida en el subconsciente. Entonces las más diversas imágenes de nuestra vida comienzan a desfilar en cada trozo musical que se desprende de la imperceptible y sublimizada ejecución del artista.

La pureza de sonido, aún en los compases más difíciles y veloces señalan al concertista como un artista que ha llegado a la plenitud de su arte. No es una plenitud fronterá. Es una plenitud que sigue su curso renovador cada día, mientras el artista se halle frente a la línea vertical de su instrumento. No sabemos si exageramos cuando decimos que los concertistas que más nos ha emocionado han sido Nicanor Zabaleta y William Primrose. Primrose le consideramos como al más insigne ejecutante de los instrumentos de arco. No porque conozca la perfección la técnica de su sonora viola. No. Sino porque jamás hemos visto un ejecutante con un temperamento artístico tan grandioso. Tan emocional. Tan genial, como el del célebre ejecutante. Zabaleta, aunque de un temperamento más sereno que el de Primrose, se inflama cuando traduce la música a través de las voces claras y limpias de su arpa maravillosa. Ante un Bach toma el camino de la seriedad del arte musical clásico-contrapuntístico. Con un Debussy, un Ravel o un Rousseau, conviértese en el artífice del arpeggio luminoso. Es aquí cuando el arabesco toma su más genuina expresión. Sus raudas manos deslízanse como dos solistas de ballet sobre el escalado cordaje. La ejecución del artista parece perderse en la realidad de esa misma ejecución. Nace la duda cuando de aquellos hábiles movimientos de sus dedos van apareciendo tonidos y colores en el iris triangular de la dorada Erard.

En su último concierto en el Municipal alcanzó otro de sus más brillantes éxitos, ejecutando música de los maestros antiguos románticos y modernos. De Scarlati nos ofreció una hermosa Sonata, la cual arrancó merecidas palmas del público asistente, luego incluyó junto al clásico italiano a Cherubini y a Corelli, de la misma escuela del primero de los nombrados, dos obras por de-

bussy, fué magistralmente ejecutado, así como una "Sicilliana" de Respighi.

En esta última presentación el notable concertista español, incluyó en su programa la Sonata para Arpa del compositor venezolano Juan Vicente Lecuna, escrita y dedicada al artista por el maestro valenciano. Esta maravillosa obra, sinceramente que nos arrebató por su gran contenido estético. Lecuna, con su gran conocimiento del arte ha escrito una obra que honra a su país. Ella está escrita con toda la libertad que pueda un artista darse a sí mismo por el dominio que tiene sobre el conocimiento de las leyes que rigen la música. Desarrollada sobre escalas por tonos enteros, logra emocionar y despertar la atención del oyente, quien ante un mar de sonoridades que parecen nacer de la naturaleza en su vibración cósmica, se inclina sobre la diversidad de ritmos que desfilan por el pentagrama sugestivamente. El compositor de manera comedida alcanza en esta sonata lo que otros no han logrado. Ya sabemos todos cómo muchos compositores modernos caen en el abuso de las escalas musicales tan transcurridas desde el comienzo del "Impresionismo" hasta estos días del "politonalismo" y del "atonalismo". Lecuna nos invade con esa fresca creación, donde el color hace su presencia animadora entre los arabescos de bellísimos "glisandos" y arpeggios.

Tuvimos tiempo de ver la "particela" de esta sonata, y pudimos constatar cómo el compositor emplea tan originalmente algunos ritmos en compases amalgamados de "cinco por cuatro", etc.

Bajo un signo de hermosísima armonía artística, se han conjugado dos expresiones: el divino arte de Zabaleta y el estro creador de Juan Vicente Lecuna, compositor venezolano a quien consideramos tan notable en América como a un Villalobos del Brasil.

Y cerramos esta nota crítica con nuestro saludo a Nicanor Zabaleta y Juan Vicente Lecuna, dos hondas expresiones del arte universal de la música.